

Rasgos para una semblanza de Lenin

La figura de Lenin, su estatura de revolucionario, estadista y teórico, constituye el núcleo de una de las obras más señaladas de Rodney Arismendi: *Lenin, la revolución y América Latina*. De ella publicamos fragmentos de la semblanza del conductor de la revolución de octubre del 17.

Cualquier trecho se podría cortar de su biografía y exaltar allí la grandeza de Lenin: ¿su fresca y fértil generalización teórica de los procesos de la fase imperialista del capitalismo? ¿La lucha contra la guerra imperialista? ¿La elaboración de la teoría de la revolución rusa, del papel hegemónico del proletariado en sus fases democrática y socialista? ¿Su labor peleadora contra el revisionismo en los congresos de la II Internacional? Verdad; todo ello es difícil de separar, todo esto apasiona y admira, y todo esto es Lenin.

Empero, nos parece encontrar a Lenin entero, en estos meses del año 1917, desde las *Tesis de abril*, o el grito histórico —con un tanque por tribuna—: "¡Viva la revolución socialista!", hasta esta andanza nocturna —casi a la medianoche— rumbo al Smolny, en desafío sereno y a plena conciencia del riesgo mortal. El episodio —absurdo para fríos calculadores, que nunca jugarían así su pellejo— parece otorgarnos una clave para captar a este hombre genial, a este sabio sistemático, a este revolucionario apasionado, a este jefe de partido. El sentido de la vida de Lenin es la revolución socialista. Desde el día en que su hermano Alejandro fue ajusticiado y el estudiante Volodia —Vladimir Ilich Uliánov, mas tarde Lenin por nombre de guerra— que lo quiere profundamente, pronuncia, sin embargo, la célebre frase "seguiremos otro camino"; o cuando responde orgulloso al gendarme obtuso que lo lleva a la cárcel. Siempre, hasta esta marcha de servicio de ese objetivo y supo crear el instrumento vivo de su realización: el partido de los bolcheviques, el partido marxista ruso. Lenin es esto, antes que nada: un revolucionario comunista, un jefe de revolucionarios comunistas organizados en partido de vanguardia.

Estudio de *El capital* y Clausewitz

Es este mismo Lenin que, en la primera juventud, estudia *El capital*, o analiza —año tras año, cifra tras cifra— las peculiaridades del desarrollo del capitalismo en Rusia, o se encierra uno o dos años en la biblioteca del museo de Londres, o toma por asalto cientos de libros de filosofía y física para emprender la batalla de *Materialismo y empiriocriticismo*; o, en los pródromos de la primera guerra mundial imperialista, acumula cientos de páginas para analizar la fase imperialista del capitalismo, o se zambulle en la lectura exhaustiva y acotación de Hegel para rescatar el "alma palpitante" del marxismo —la dialéctica— y blandirla como una espada contra el oportunismo.

Es el mismo que estudia cuidadosamente a Clausewitz y otros estrategas, que anota a Clausewitz acerca de los combates de calle, y lee y relea y vuelve a leer la historia —política y técnica— de las grandes revoluciones, y que se regocija cuando 1905 rehabilita —bajo otras formas, la guerrillera— la táctica de barricadas, de artada por Engels, por razones militares, luego de las luchas de calle de 1848 y la Comuna de París.

Este Lenin es el que se lamenta, luego de

una noche de insomnio —a la vera de una biblioteca bien nutrida, en momentos de graves decisiones— por falta de tiempo para estudiar a los pintores contemporáneos, o el que teme emocionarse hasta la temura con la *Appassionata* de Beethoven, porque su obra consiste en la liberación de la clase obrera y los pueblos oprimidos, en transformar el hombre por la abolición de las condiciones sociales de explotación de un hombre por otro.

Asombra verificar —a medida que pasan los años— con qué claridad meridiana esa misión se formula en sus trabajos juveniles, en aquéllos, justamente, que fueron el cimiento incommovible de la victoria de la revolución socialista rusa. Me refiero a *¿Quiénes son los "amigos del pueblo"...*?, o a *¿Qué hacer?*, a *Un paso adelante, dos pasos atrás*, a *Dos tácticas...*

En *¿Qué hacer?* —obra en que el ímpetu de Lenin se encauza en la sultura de una prosa fresca y una excelente sistematización de argumentos— hallamos esta afirmación luminosa:

"La historia plantea hoy ante nosotros una tarea inmediata, que es la más revolucionaria de todas las tareas inmediatas del proletariado de cualquier otro país. La realización de esta tarea, la demolición del más poderoso baluarte, no ya de la reacción europea, sino también (podemos decirlo hoy) de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado internacional. Y tenemos el derecho de esperar que obtendremos este título de honor, que ya nuestros predecesores de la década del 70, han merecido, siempre que sepamos inspirar a nuestro movimiento, mil veces más vasto y profundo, la misma decisión abnegada y la misma energía. (Subrayado de Lenin: "la más revolucionaria").

Antes que nada, un revolucionario profesional

Lenin es, por excelencia, el "revolucionario profesional", ese tipo de cuadro que él predicó formar como vertebración del partido del proletariado en la nueva época. Se cuenta que uno de los dirigentes mencheviques —Dan— se quejaba de que Lenin fuera invencible porque vivía y pensaba permanentemente por y para la revolución.

Y en la "hora de los hombres", como se dice en nuestra América Latina, la noche del 24 de octubre de 1917, Lenin estaba allí y no podía estar en otro sitio.

Vivió, pensó, trabajó, enfrentó el destierro, el exilio y todas las acechanzas implícitas en la vida de un comunista, en pos de este momento.

Ante el episodio histórico de la noche del 24 de octubre, quizás alguien pueda especular acerca del papel del azar dentro del concatenado decurso de la historia, o acerca de la significación de la personalidad y sobre lo que pudo haber ocurrido si hubiesen secuestrado o asesinado a Lenin en la inmediata víspera del "gran Octubre". Y hasta alguien podría enmendar la plana a Lenin, en nombre de la gente que nunca se equivoca, al es-



tilo de aquellos profesores alemanes de que habló Bismarck. Toda especulación en este sentido, huele a pedantería burocrática o profesoral. Con garantías absolutas de que los jefes nunca correrán riesgo de muerte —como los famosos "generales (de la novela), que mueren en la cama"— no se hacen las revoluciones. Cuando mucho se puede decir que es deber del partido y de la organización de revolucionarios cuidar de los jefes, y es obligación de los jefes el estar donde las definiciones históricas los reclaman.

Pero, ¿quién se atrevería a acusar a Lenin de irreflexivo, o de proceder como un jugador de audacia, o un aventurero? Por el contrario; cuando fue menester trabajó en el extranjero; cuando fue necesario ridiculizó el aventurerismo; en oportunidad estigmatizó la moral de hidalgueros de los llamados "comunistas de izquierda". Queda en la historia una anécdota que tipifica, por una parte, el valor personal y la decisión de Lenin; pero, por otra, su responsabilidad ajena al riesgo fácil y sin motivaciones. El 3 de junio de 1906, se produce el golpe de Stolpin. Lenin debe partir para Finlandia y luego a Estocolmo. Por el camino advierte que lo siguen; baja del tren y continúa a pie hasta la ciudad. Allí debe embarcarse; pero el puerto está vigilado. Conviene ir hasta una isla próxima para alcanzar el barco. La ruta debe hacerse sobre el hielo. Mientras avanzan, éste se va resquebrajando y las aguas oscuras y sacudidas acechan a cada paso a Lenin y a su acompañante. Los biógrafos de Lenin ponen en su boca esta frase: "¡Qué manera tan tonta de perecer!". No era un aventurero; pero era un auténtico revolucionario. Amaba la vida y no la regalaba sin objeto; pero no vaciló un instante cuando se trató de ocupar el puesto de lucha, de volcar las potencialidades enormes de su gran personalidad en la hora de la decisión. Y, desde luego, sería estúpido buscarle rasgos de un héroe de la novelística romántica. Era, antes que nada, un revolucionario profesional —repetimos. El héroe, por excelencia, de este tiempo de revolución socialista internacio-

nal; de los que han anudado —inspirados por la ideología marxista-leninista— la trama de esta época desde posiciones de vanguardia.

Lenin y los bolcheviques

Son los hombres del año cinco; los duendes de la clandestinidad que transitan a lo largo del siglo por todos los pasillos e intersticios, derrotando las trampas letales que las tiranías, el imperialismo y el fascismo, montan para capturar el fantasma de la revolución. Son los bolcheviques, desde las barricadas hasta el Dnieprostroi; los organizadores, los héroes y mártires de las Brigadas Internacionales; son los vencedores de la peste nazi, triunfadores en las trincheras, en el campo de concentración, en la tortura, y vencedores en la conspiración, en el "maquis" y en la organización y la táctica certera frente al enemigo. Es Ho Chi Min, encalleciendo sus pies por las rutas de Asia y desplegando la palabra de Lenin como un horizonte para cientos de millones de asiáticos. Es Dimítrov, altivo y seguro en el Tribunal de Leipzig, dueño del porvenir. Es Julio Fucik demostrando —como tantos— que el revolucionario puede vencer toda tortura. Es Nikos Beloiannis y su roja flor. Y cuántos más así. Son los ya millares de comunistas latinoamericanos asesinados, torturados, consumidos en la ruda y esperanzada tarea cotidiana. Es Mella. Son Fidel y sus compañeros, llegados al comunismo por haberse entregado en cuerpo y alma a su pueblo y a la revolución. Es Guevara: "Si muero, que otras manos se extiendan para tomar el fusil...". Son los "imprescindibles" de que habla Bertolt Brecht.

Fabricando la historia de nuevo —con el proletariado y al frente de todos los oprimidos— a veces cometieron errores. ¿Y cómo no cometerlos, en la obra inédita de concluir la prehistoria social de la humanidad? Empero, ellos son el eje de la historia de la revolución de nuestro tiempo, y hasta sus adversarios giran en el soplo de la tempestad que ellos desataron, que siguen desatando.